

## Estado actual de la novela en Colombia

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

— II —

La década de los cincuentas registra la consagración de Eduardo Caballero Calderón (1910) como novelista. El hidalgo de "Tipacoque" —nombre de la hacienda de Boyacá donde queda su casa solariega— se había mostrado hasta entonces como el más cabal ensayista colombiano y, por tanto, como el digno sucesor del maestro Baldomero Sanín Cano. Pero a partir de 1952, cuando publica **El Cristo de espaldas**, Caballero demuestra fehacientemente que también en él hay madera de novelista. Y nos brinda entonces esa extraña mezcla de trama policíaca, de intrigas políticas y de horrores —entre dostoieskianos y goyescos—, que constituyen los hilos siniestros con que está maestramente tejida su novela. De ella ha dicho Arango Ferrer: "Todo es feo en esa novela y todo es repugnante; los rostros y las almas, salvo el estilo literario del autor y el joven párroco del pueblo, imagen de Cristo, escarnecido por la gentuza". Posteriormente, en 1954, Caballero publicó **Siervo sin tierra**, en la cual relata la vida mísera y angustiada de un pobre campesino boyacense, que solo al morir encuentra la tierra que ha estado siempre anhelando, cuando cae abatido sobre el polvo de una carretera. De otro estilo —ya más novedoso y cosmopolita— es el tema de su tercera novela, **La penúltima hora** (1955), que es la historia breve y densa de las últimas horas vividas por los pasajeros de un avión que se estrella en el mar. Hay en este libro ciertas reminiscencias de **El puente de San Luis Rey**, de Thorston Wilder, aunque sin la retrospectiva consideración al destino común que une a las víctimas del derrumbe, en la obra de este último. Evidente relación con el lóbrego ambiente de **El Cristo de espaldas** tiene la más reciente novela de Calderón, **Manuel Pacho** (1962), considerada por la crítica como una superación de toda la anterior obra novelística de Caballero Calderón, que se caracteriza por una afortunada conciliación entre elementos terrígenos e influencias europeas. En efecto, los temas y personajes son de nuestra tierra calombiana, pero tratados, aliviados a través de una forma y una técnica donde son visibles los factores universales que han intervenido en la estructuración mental del novelista (18).



De Gabriel García Márquez (1928) solo se conocían algunos estupendos cuentos —escritos con una técnica muy influída por los novelistas y cuentistas norteamericanos contemporáneos: Steinbeck, Faulkner, Saroyan, Truman Capote— cuando apareció su primera novela, *La hojarasca*, en 1955, valedera asimilación de la técnica faulkneriana al tratamiento de temas nuestros. Porque es evidente que algo hay allí del Faulkner de *Mientras yo agonizo*. Pero tan originalmente tratado que nadie puede pensar en una imitación. Y es que, en realidad, con García Márquez comienza en Colombia lo que podría llamarse la *nouvelle vague* de la novela colombiana, caracterizada sobre todo por la orientación hacia las técnicas y modalidades de la novela norteamericana. Esto es sin duda una novedad, un gran acontecimiento en nuestra novelística, que hasta entonces había estado orientada —en esta época contemporánea— por la novela europea (Proust-Gide-Mann-Huxley, etc.), y señala el comienzo de la más reciente dirección que va asumiendo el género en el país, y del cual son abanderados los nuevos novelistas que, por una curiosa coincidencia, son casi todos originarios de la Costa Atlántica colombiana. Es lo que podrá advertirse, sobre todo en García Márquez, Cepeda Samudio, y, en cierto modo, Rojas Herazo y Zapata Olivella.

Pero, volviendo a García Márquez, diremos que, *La hojarasca* señala una nueva manera de novelar, un encaramiento técnico muy distinto al que hasta ese momento se había ensayado en Colombia. La novela es el conjunto de lo que piensan, mientras asisten a un velorio, un personaje femenino —Isabel—, su pequeño hijo, y el abuelo. Mas por el fluir de aquellas reminiscencias y reflexiones pasa todo el tiempo, manso y muerto, que preside la existencia de aquel imaginario pueblo de Macondo —imagen fiel, sin embargo, de tantos pueblos nuestros—, convertido en una resaca, en *la hojarasca* que da nombre al libro. Todo es agónico allí: desde el cadáver del médico ahorcado hasta las cosas, el ambiente y el propio pueblo, cuyo desgaste minucioso se va intuyendo a medida que se sigue el hilo de los pensamientos de la mujer y el niño. El mismo hálito decadente, de ruina consolidada, preside la otra novela breve de García Márquez, *El Coronel no tiene quien le escriba*, ejemplo de lo que puede la unión de un buen estilo y una mejor técnica cuando se enfocan al hábil aprovechamiento de un tema original, como es el de la familia del viejo Coronel, a quien años de miseria y desesperanzas solo dejan ya un leve resquicio optimista: el de que pueda ganar su gallo el gran desafío propuesto. Pero antes de que ello suceda —y sin descartar que el gallo pueda perder— la novela termina con la épica respuesta cambroniana que el ex-militar da a su mujer cuando esta le pregunta qué comerán mientras tanto. Al primer concurso de novela instituido por la Esso Colombiana, presentó García Márquez —con un nombre impublicable— la novela que se constituyó en el Premio Esso 1961 y publicada luego con el nombre de *La mala hora* (1962). Es una siniestra historia de pasquines en un pueblo infernal, cuya menuda vida es puesta allí al desnudo a través de una serie de rápidos aguafuertes, trazados con la característica economía verbal que distingue a García Márquez. El libro está bien hecho, pero nunca a la altura de *El Coronel no tiene quien le escriba*, sin duda la obra más lograda del novelista costeno, ahora residente en México.



En cambio, muy distinta es la manera de novelar de Eduardo Santa (1928), quien en 1956, publicó *El girasol*, historia de violencia y sexo, donde la intención psicológica vuelve a refluir. También de violencia trata su segunda novela *Sin tierra para morir* (1960), donde el buen novelista que hay en Santa nos muestra un episodio característico de los años negros que vivió el país de 1946 a 1957, cuando una guerra civil no declarada lo conmovió hasta las raíces.

Tales acontecimientos dieron origen —a partir de 1954 cuando Daniel Caicedo (1912) inició el ciclo con *Viento seco* —a las llamadas “novelas de violencia”, o sea a aquellas que trataban sobre temas relacionados con esa convulsionada época de la nación. Toda una serie de obras alusivas al asunto, del más diverso mérito y significado —desde el fácil folletón hasta la crónica novelada o el transitorio *best seller*— surgieron entonces de las prensas colombianas. Pero como si también aquí fuera válido aquello de que “los árboles no dejan ver el bosque”, casi todas esas novelas —con dos o tres excepciones— fueron un intento de poner de bulto los crímenes del bando contrario, más que una oportunidad de poner de presente, sin sectarismo, la realidad del drama colectivo. Tal vez de toda esa mediocridad solo se salvan el ya citado libro de Santa, a más de *Tierra asolada* (1954) de Fernando Ponce de León y *El día del odio* (1952) de José A. Osorio Lizarazo. Ha sido necesario ver toda esa trágica ocurrencia en su perspectiva histórica para que una novela, con esa violencia al fondo —como realmente es *El día señalado*, de Mejía Vallejo— haya podido darnos una visión literaria de tal fenómeno.

Después de *Tierra asolada*, dramático recuento de la violencia política trasladada a los campos durante el decenio negro, Fernando Ponce de León ha escrito otras dos novelas. *Matías* (1958) es la novela de la urbe bogotana, con sus miserias cotidianas y sus paupérrimas barriadas, que el autor nos presenta al trazar la figura del protagonista, Matías, un ciego, sin que falten escenas de picaresca dimensión. En cambio, *La castaña* (1959) es la novela del campo y en cierta forma hace *Pendant* con la anterior por lo que al ambiente respecta. De ella ha dicho el poeta Eduardo Carranza: “El personaje central de *La castaña* es la tierra. Nuestra tierra caliente con su naturaleza dominadora. La tierra ocre y sedienta bajo el sol despiadado. En el centro del relato y como perdido en un mundo enemigo se mueve un patético matrimonio campesino, lentamente acorralado por la pobreza, la injusticia y el dolor. Drama del hombre y la tierra, drama del hombre que ama casi físicamente la tierra y al que le es negado cruelmente un palmo de este mundo ancho y ajeno”. Ponce de León es uno de los buenos narradores colombianos actuales.

Para terminar con los nombres que aparecen en los cincuentas, es preciso asimismo anotar, además, los nombres de Germán Beltrán (*El diablo sube el telón*, 1954, y *Burbujas*, 1961); Carlos Delgado Nieto, —1912— (*El hombre puede salvarse*, 1951; *El limbo*, 1957), y (*La frontera*, 1961); Ignacio Gómez Dávila —muerto en 1963— (*El cuarto sello*, 1951, y *Viernes 9*, 1953); Olga Salcedo de Medina (*Se han cerrado los caminos*, 1953).

Y entramos ya en los más recientes años, es decir, en los autores que han publicado sus obras a partir de 1960. En primer término encontramos a



Arturo Echeverri Mejía, quien publica su primera novela **Marea de ratas** en 1960. También sobre el tema de la violencia, esta es en la obra de Echeverri el personaje principal, encarnado en la horrenda figura del Capitán. Poco antes de su muerte —ocurrida en 1964— aparecieron en un solo volumen las dos últimas obras de este novelista de quien tanto podía esperarse aún: **El hombre de Talara y Bajo Cauca**, donde Echeverri demuestra ese don de bien novelar que poseía. “Claridad en el relato, prosa simple y expresiva”, son, al decir de un crítico, las cualidades esenciales de este autor. Y esto lo confirma Arango Ferrer cuando habla de “la fuerza de sus relatos y la calidad persuasiva de sus parlamentos”.

Manuel González Martínez publicó al fin de 1961 una novela que había escrito veinte años antes, **Llanura, soledad y viento**, espléndidamente acogida por la crítica. Es una obra dentro de la línea de **La Vorágine**, donde el elemento descriptivo predomina y la naturaleza es aliviada poéticamente en “páginas kiplinianas” según la opinión del mismo Arango Ferrer. Antes, en 1960, este novelista había publicado **Niebla en la sierra**, de menor aliento que la anteriormente mencionada.

Muy lejos de los anteriores y en un sitio que lo acerca mucho a García Márquez, hay que poner a Alvaro Cepeda Samudio (1926), quien en 1954 ya había publicado un tomo de cuentos, **Todos estábamos a la espera**, donde dejaba entrever todo lo que en ese campo podía esperarse de él. Pero en vez de proseguir por esa vía, sorprendió a todos en 1962 con su original novela **La casa grande**, estructurada también faulknerianamente —como **La hojarasca**, de García Márquez—, a través de unas cartas donde personajes innominados —el padre, la madre, la hermana— recomponen, a través de unas cartas donde el pasado fluye y se hace carne, los elementos de una historia banal, que el escritor engrandece con su manera de llevarla y construirla literariamente.

El poeta Héctor Rojas Herazo (1922), —tras habernos dado convincentes ejemplos de su calidad poética en varios libros consagratorios—, insurgió en 1962 a los terrenos de la novela con una obra que fue presentada al Premio Esso 1961 y que merecía tanto o más ese lauro que la escogida de García Márquez (**La mala hora**). Y hemos dicho “insurgió” porque llegó de pronto casi subversivamente, al panorama novelístico colombiano con un libro hermoso y crepitante —**Respirando el verano**—, donde todo es violento: el estilo, las imágenes, el clima, el ambiente y los hombres. Porque las mujeres —la madre, la hermana ciega— son todo lo contrario, aunque no falte alguna de ellas que añore las violencias masculinas, como en **La casa de Bernarda Alba**, de García Lorca, o que dé lugar a la tragedia que estalla desde el fondo de esa prosa cabriolante e indómita, pero de una belleza poética que nos recuerda a un Asturias o a un Durrell. La personalidad múltiple y vigorosa de Rojas Herazo nos ha dado en esta novela una buena muestra de lo que es capaz en estos ámbitos, tan propicios a su clarividencia intelectual y artística.

Dos últimos nombres es preciso mencionar para cerrar este cuadro del estado actual de la novela colombiana: Fernando Soto Aparicio (1933) y Fanny Buitrago. Ambos son de las más jóvenes figuras en este campo y, por lo tanto, de promisorias realizaciones. Soto Aparicio (19) obtuvo



un premio en España con su novela *La rebelión de las ratas*, donde retoma el tema de la minería —tratados por Osorio Lizarazo en *El hombre bajo la tierra* y por Botero Restrepo en *Andágueda*— en una forma original y nueva, que le valió justamente los elogios de la crítica peninsular. Maneja bien el relato, aunque a veces se pierde en divagaciones innecesarias. En *Los bienaventurados* (1963), su segunda obra, ya supera mucho esos tics literarios. Fanny Buitrago, en cambio, es un caso de precocidad poco común. Puede decirse que esta muchacha, que apenas supera los veintitantos años, nació literariamente vieja. Pues en su única novela publicada, *El hostigante verano de los dioses* (1963), no hay experiencia humana que los protagonistas no hayan ejercitado con plenitud. Es una mezcla de existencialismo sartriano, con algo de Moravia y un tanto de Durrell por lo que hace a la técnica. Pero escrito con tanta propiedad estilística y dominio del lenguaje, con una desenfadada manera en el decir y en el describir todos los actos y situaciones, que tentado está uno de recordar el caso de Françoise Sagan cuando lee a esta joven novelista, tan llena de fuerza y vivacidad en su prosa. Pero una Sagan que ha podido trascender esa incurable frivolidad de la novelista francesa, y que en Fanny Buitrago es todo lo contrario: una seriedad más que madura y sagaz. Todo eso asegura que llegará bien lejos por este camino azaroso del novelar. (20).

Tras haber visto así el panorama novelístico de Colombia en los últimos veinticinco años —con las necesarias referencias a los inmediatos y remotos antecedentes—, ¿qué conclusiones pueden sacarse sobre la hora actual de nuestra novela y sobre las orientaciones que en ella predominan? Ante todo, es evidente que el núcleo más descollante —el constituido por los novelistas de primera línea: Mejía Vallejo, Zapata Olivella, García Márquez, Santa, Ponce de León, Soto Aparicio, Cepeda Samudio, Rojas Herazo, Fanny Buitrago—, tanto por la calidad de la obra ya realizada como por las especiales dotes que para el cultivo de ese género han demostrado poseer todos ellos, aseguran la plena y eficaz presencia de Colombia en el conjunto de la novela latinoamericana de hoy. Mucho tiempo hacía que nuestra literatura no ofrecía un conjunto tan destacado y activo de novelistas, con una tan positiva obra en su haber, que le ha valido —en la persona de Mejía Vallejo— el primer Premio Nadal para un latinoamericano.

De otra parte, se da la circunstancia de que si bien se trata de un grupo homogéneo por la calidad de su obra, no lo es desde el punto de vista de las tendencias que en sus componentes se observan. En efecto, una es la modalidad de lo que podría llamarse “la escuela de la Costa”, integrada por García Márquez Cepeda Samudio, Zapata Olivella y Rojas Herazo —con una visible pero bien asimilada influencia de los novelistas norteamericanos—, y otra muy distinta la de “la escuela andina” —para así llamarla—, en la que se destacan Mejía Vallejo, Ponce de León, Eduardo Santa y Soto Aparicio, más dados al “terrigenismo”, aunque superando muchas de sus limitaciones. Con una rueda suelta: Fanny Buitrago, inclasificable a ojos vista. Y con un gran maestro al fondo, perteneciente a una muy anterior generación: Eduardo Caballero Calderón, cuya obra se prolonga en el tiempo —como se ha visto— y que aún dará sin duda, mucho más de sí en este



género. Como lo dió hasta hace un año apenas, el maestro Osorio Lizarazo, ya consagrado para siempre en la historia de la novela colombiana, como Carrasquilla y como Rivera.

Pero no se crea, en absoluto, que esas dos "escuelas" —en que un tanto arbitrariamente hemos clasificado a los novelistas de hoy en Colombia— significan que sus componentes siguen orientaciones comunes, que puedan identificarlos solidariamente dentro de una estética literaria definida y determinada. No. Entre el fragor poético de la prosa de Rojas Herazo —en **Respirando el verano**— y la parsimonia que en el relato usa Zapata Olivella, hay todo un abismo. Que no es tan acusado, sin embargo, entre García Márquez y Cepeda, los dos novelistas más parecidos desde el punto de vista de la técnica. Y el mismo razonamiento puede hacerse en lo que hace al grupo andino. Nada hay de parecido entre Mejía Vallejo y Ponce de León, o entre Santa y Soto Aparicio. Mas, por encima de esas diferencias de los integrantes de una y otra "escuela", hay un algo que evidentemente los asocia, aunque esto sea de índole muy amplia y general, como arriba se ha insinuado (21).

Bogotá, 1965.

## NOTAS

(18) Unas muy bien presentadas **Obras completas** de Caballero Calderón han sido editadas en 3 vols. por Editorial Bedout, Medellín, 1963-1964. El tercer volumen contiene las novelas y relatos, salvo **Manuel Pacho** (1962).

(19) Soto había publicado antes un tomo de cuentos: **Solamente la vida**, (1961).

(20) Un juicio crítico sobre esta novela de Fanny Mejía, debido al autor de este ensayo, apareció en la revista **Américas** (Vol. 16, Nº 7, julio de 1964).

(21) Para complementar la bibliografía sobre la novela colombiana contenida en la citada obra de Curcio Altamar (ver nota 1), recomendamos los cinco volúmenes aparecidos del **Anuario bibliográfico colombiano**, del Instituto Caro y Cuervo, correspondientes a los años 1951 a 1962, y compiladas por Rubén Ortiz Amaya, el erudito bibliógrafo colombiano, muerto en 1964. Otros estudios de la misma índole son los siguientes:

a) **La novela en Colombia**, de Roberto Cortázar (Bogotá, 1908), cuyo apéndice contiene una lista de novelas colombianas publicadas en el siglo pasado y en los primeros años del actual.

b) **Bibliografía de la novela colombiana** de John E. Englekirk y Gerald E. Wade (México, 1950), extraordinario aporte debido a dos eruditos investigadores norteamericanos y obra casi exhaustiva sobre el tema.

c) Precisa, además, citar los meritorios trabajos de don Isidoro Laverde Amaya, y especialmente sus **Apuntes sobre bibliografía colombiana** (Bogotá, 1882).